



CLEA DATURA

ESCRIBE

TU



realidad

SIN

pedir

PERMISO

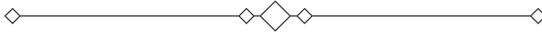


TUS PALABRAS MÁGICAS

Luciérnaga

CLEA DATURA

ESCRIBE TU
REALIDAD SIN
PEDIR PERMISO



TUS PALABRAS MÁGICAS



Ediciones
Luciérnaga

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Clea Datura, 2023.

© de las imágenes de interior: Shutterstock; Cortesía de Marcin Iwan / Jagiellonian University Krakow/ Agora; Skimage / Alamy /ACI

Diseño e ilustraciones de cubierta: © Lyda Sophia Naussán R.

Primera edición: mayo de 2023

© Edicions 62, S.A, 2023

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-19164-64-3

Depósito legal: B. 3294-2023

Impreso en España – *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	9
CAPÍTULO 1. Para empezar	11
CAPÍTULO 2. Palabras y lenguajes mágicos en la historia	47
CAPÍTULO 3. Tipos de palabras mágicas	83
CAPÍTULO 4. Cómo utilizar el poder de las palabras	99
CAPÍTULO 5. Usos desaconsejados de la magia verbal y por qué no son buenos para nadie	149
CAPÍTULO 6. Pasar a la acción	155

Capítulo 1

PARA EMPEZAR

El poder del lenguaje

Comenzó como una sensación
y creció hasta ser una esperanza,
después se convirtió en un pensamiento mudo
y más adelante en una palabra no pronunciada.
Pero la palabra fue ganando sonido
hasta convertirse en un grito de batalla.

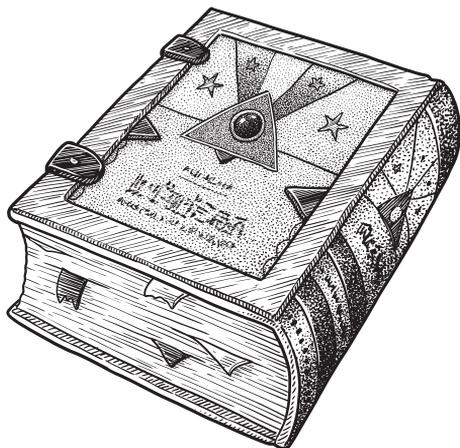
REGINA SPEKTOR

Las palabras son poderosas. Todas ellas. ¿Cuántas veces te ha pasado que, con solo escuchar determinada secuencia de sonido, se te ha erizado el vello, has entrado en un estado de ira o bien has sentido que todo tu cuerpo se inundaba de amor?

Sí, la importancia de determinados términos es algo que todo el mundo percibe habitualmente en la vida cotidiana. A menudo por lo que esas palabras significan, o quizá por las asociaciones culturales o personales que desencadenan. Pero en muchas ocasiones, hay algo más.

Si creemos en la fuerza de la intención, en el poder de las repeticiones, entonces no tendremos más remedio que reconocer que un término que ha sido empleado millones de veces para designar algo importante debería estar, necesariamente, impregnado de una intensidad mágica. Ha sido pronunciado por gente

que lloraba, cuya esperanza colgaba de un hilo, que estaba a punto de morir. Esa fuerza ha cargado los términos de valor energético. Por tanto, todas las palabras que existen son susceptibles de ser empleadas con fines de poder.



Cualquier texto puede encerrar un tremendo poder.

A lo largo de la historia, las palabras, primero en su forma hablada o después escrita, han formado parte de los rituales mágicos de la mayoría de las culturas. En ocasiones se trataba de encontrar el nombre de las divinidades, en otras, de buscar un efecto en la mente utilizando un sonido, y, en otras, de canalizar determinada voluntad con un término que solo existiera para ese propósito.

El lenguaje configura la manera de pensar y, por tanto, de la construcción de la realidad tanto individual como social, según el relativismo lingüístico y la hipótesis Sapir-Whorf. Esta propone que una comunidad lingüística comparte cierta visión del mundo, y que, por tanto, los idiomas pueden determinar categorías cognitivas. Además de los significados primarios de las palabras, existen connotaciones, matices, cargas políticas y sociales. «Sureño» y «sudaca» son términos radicalmente distintos a pesar de significar básicamente lo mismo, y «mujer» no solo se refiere a un ser humano de género femenino, sino a la esposa de alguien. Estas connotaciones retratan a la sociedad de hablantes. En nues-

tra cultura, la masculinidad estereotípica ha construido su propio terror particular hacia los términos emocionales, mientras que la feminidad se ha refugiado en diminutivos y términos afectuosos por defecto, que pierden su sentido al generalizarse. Es posible cambiar el mundo mediante transformaciones conscientes en el lenguaje, y a uno de esos procesos estamos asistiendo en este momento de la historia.

Hay términos que nos asustan. Hacemos lo que sea con tal de no llamar a determinadas cosas por su nombre. Puede que el ejemplo más conocido sea el de la palabra «oso». En la Edad Media, para designar a este animal, se utilizaba un término que se perdió, ya que todo el mundo prefería llamarlo «el marrón» por temor a que pronunciar el nombre verdadero pudiera atraer a la bestia.

Esta fobia al nombramiento la conoce bien la industria del *marketing*, que evita a toda costa que los posibles compradores recreen algunas imágenes en sus mentes. Creamos eufemismos que se desgastan una vez que se han cargado demasiado de sentido. Necesitamos palabras blandas, volátiles, que no se aferran demasiado a nada. Nos protegemos de las palabras contundentes con todas las defensas que tenemos, ya que hablar de los deseos y de los miedos puede ser peligroso. Sin embargo, aquellas y aquellos que se atreven a nombrarlos ya tienen mucho camino recorrido para conjurar los primeros y combatir los segundos.

Una expresión capaz de proporcionar una justa medida acerca de la importancia o el poder que puede llegar a tener un término es «palabra clave», que significa literalmente «palabra llave», aquella que es capaz de abrir, por sí sola, una puerta.

Las formas más sofisticadas del lenguaje suelen estar relacionadas con la poesía. Gracias a ella, el lenguaje es entendido, no ya como instrumento, sino como materia. Las figuras poéticas permiten llegar a sitios que son inaccesibles para el habla de todos los días, y, por lo tanto, están a menudo relacionadas con la magia. La poesía, además, es una excelente herramienta de autoconocimiento y claridad, otro de los grandes objetivos de las prácticas rituales.

Es importante estimular el pensamiento especulativo respecto al lenguaje para imaginar otras maneras de entender el mundo. La función simbólica del lenguaje, unida a la exploración hipotética del pasado y del futuro, permite aumentar las maneras de procesar información. Pueden existir nuevas formas de generar significados a través de un uso creativo de las palabras, porque las ideas son capaces de provocar cambios en la realidad gracias a estas. Y eso, sin duda, es una forma de magia. Después de todo, no solo estamos hablando de la sociedad, sino de la mente, el lienzo capaz de renovarse una y otra vez en el que las ideas, hechas de palabras, configuran, con sus colores, nuestro mundo personal, que es el único que tenemos.

Las palabras son un vehículo de poder, pero también de creatividad. Este libro sirve de muestrario o catálogo de las posibilidades de la magia creada con palabras, pero aquellas que necesitas, las que realmente funcionarán, debes formularlas tú.



Sigilo destinado a que este libro llegue a quienes pueda servir.

Las palabras más importantes

La era de la informática ha traído consigo una gran facilidad para el estudio del lenguaje y de su empleo desde el punto de vista de los grandes números. Los textos disponibles en redes, tanto comerciales o profesionales como privados, son analizados

con herramientas de barrido de datos para proporcionar informaciones de las que quizá no fuéramos conscientes antes.

Por ejemplo: en inglés, la palabra utilizada con más frecuencia después de los artículos y preposiciones no es otra sino «agua», algo tan ancestral como el elemento originario. Otras palabras muy habituales son las que designan conceptos temporales... y, de manera algo sorprendente, el propio término «palabra». Ni el vocablo «amor» ni «madre» están entre los cien más habituales del uso corriente del idioma.

¿Cuáles son las palabras más importantes para una sociedad? Cada grupo escoge, a lo largo del tiempo, los términos que lo definen, en torno a los que construir su personalidad conjunta. Normalmente, se trata de conceptos que tan solo existen en determinado territorio. No podemos, por ejemplo, oír «boludo» sin pensar en Argentina, ni *mamma mia* o *madonna* sin reconocer la expresividad italiana. La expresión *sacré bleu*, una antigua y colorida palabrota, inmediatamente nos remite a Francia, así como *lekker*, un término de apreciación de la comida, es inequívocamente holandés.

El autor José Emilio Pacheco escoge «pinche» como embajador de su país, y así explica el motivo: «En México, “pinche” canceló su acepción normal para adquirir, no se sabe cuándo, las características de un epíteto derogatorio que sorprende por su omnipresencia y durabilidad. “Pinche” puede ser un empleado, el hábito de fumar, la suerte, un policía, una camisa, un perro, una casa, una persona, el mundo entero, una comida, un regalo, un sueldo o bien lo que a usted se le ocurra. Se trata, pues, de un epíteto que degrada todo lo que toca. Normaliza y vuelve aceptable una furia sin límites contra algo que nos ofende y humilla, pero no podemos cambiar».

Las palabras, y las ideas que designan, construyen la conciencia colectiva de un pueblo, privilegian unos valores sobre otros, dan forma a una mentalidad y a una manera de pensar, a una lógica y una moral particulares. Son una de las herramientas más poderosas para construir una sociedad. Algo parecido sucede, a menor escala, a nivel grupal o familiar.

Esta construcción de un léxico significativo y diferenciado también tiene lugar en la construcción del individuo. A medida

que se crece y se adquieren uno o varios idiomas, se distingue cómo algunas palabras suelen ser utilizadas con connotación positiva o, todo lo contrario. ¿Quién no conserva recuerdos entrañables de algunas palabras pronunciadas por determinadas personas queridas e incluso odiadas? Podemos recordar la primera vez que escuchamos determinados términos cargados de intensidad. Hay palabras relacionadas con la infancia que es imposible olvidar y que siempre ejercerán un inmenso poder sobre cada individuo, conceptos vinculados a personas, a momentos o a lugares.

Las redes también ofrecen sus estrategias particulares, en este caso, algo más perversas, en lo relativo a los textos que escribimos en nuestros perfiles públicos en ellas. La frecuencia con la que utilizamos determinados términos permite a la IA (inteligencia artificial) saber si estamos en un momento depresivo o bien eufórico, si hemos enfermado o si mentimos. Esta tecnología se centra, por motivos de *marketing*, en conocer los periodos de las mujeres, sus fases hormonales, sus embarazos y su menopausia. Hay robots léxicos capaces de conocernos mejor que cualquier psicólogo o consejero.

El lenguaje define de incontables maneras a quien lo utiliza, y es uno de los vehículos fundamentales de la construcción de los afectos y las emociones. Se trata de uno de los cinco canales mediante los cuales se expresa el afecto, según el autor Gary Chapman. Y dentro de ese gran mapa de términos y conceptos que configura la personalidad, existen términos que brillan con luz propia: las palabras favoritas.

Ray Bradbury, escritor cuyo tema principal probablemente sea la nostalgia de la infancia, aseguró que su palabra preferida era *cinnamon*, canela. Esta es su explicación: «Supongo que aprendí la palabra visitando la despensa de mi abuela cuando era un niño. Me encantaba leer las etiquetas de los tarros de especias de países lejanos, de todo el mundo».

Para Bradbury ese término encerraba toda la fascinación por culturas exóticas y viajes aventureros unida, la emoción de ese viaje prohibido a la despensa, con la familiaridad y el confort de la casa familiar, el olor de los pasteles recién horneados. La palabra, por tanto, se grabó en su memoria cargada de múltiples significados positivos. De hecho, el ensayista Ben Blatt, en un

estudio que analizó la frecuencia verbal en los escritos de Bradbury, encontró que términos como la mencionada «canela», «vainilla», «menta», «regaliz» y «nuez moscada» aparecían abundantemente. Puede que algo de nosotros siempre permanezca unido a aquello que nos apasionaba siendo pequeños.

En ese mismo estudio se cuenta cómo otros escritores presentan como palabras favoritas «destello», «aquí», «isla»... Este breve mapa de términos preferidos es todo un retrato en miniatura, un microcosmos que encierra secretos y condensa historias.

Piensa en cuáles son tus palabras preferidas. Tómate tu tiempo. Cuelga una cartulina en un lugar bien visible y luminoso, y ve anotando esas palabras queridas cuando aparezcan. Trata de recordar cuándo fue la primera vez que las oíste, quién las pronunció, con qué época las asocias. Piensa también qué otras conexiones puedes establecer con ellas: a qué olores, imágenes o sabores las vinculas. Estas palabras son, para ti, un tesoro de poder en tu trabajo personal.

Por otra parte, apunta las palabras que para ti tengan una gran connotación negativa, que te hagan estremecer de desagrado solo con pensar en ellas. Más adelante habrá que pensar en neutralizarlas.

La esencia contenida en los nombres

En la gran mayoría de los ritos de iniciación es necesario que el novicio o novicia escoja o acepte un nuevo nombre. Sucede algo parecido con los artistas o músicos que se ponen un nombre «más comercial» para emprender una carrera pública y buscar la fama: la verbalización de su antiguo yo quizá no fuera lo suficientemente poderosa como para cumplir ese objetivo.

La película *El cuento de la princesa Kaguya*, de Estudio Ghibli, muestra el proceso de asignación de un nombre en el Japón

de hace más de mil años. Este rito de paso del nombre infantil al adulto, conocido como Genpuku, se sigue practicando, si bien de manera algo diferente, a día de hoy.

En los textos bíblicos, Adán recibe de Yahvé el encargo de nombrar a los animales, y, en cierto modo, parece infundirles una esencia al darles ese nuevo sonido que los designa. Por otra parte, el ser humano se distingue de esos animales por su capacidad de nombrar, por su dominio del lenguaje. En la Biblia también se cuenta que, antes de bendecir a Abram y a Sarai, Yahvé modificó sus nombres a Abraham y Sara. Ese cambio de nombre contribuyó decisivamente a su transformación física y a su salud.

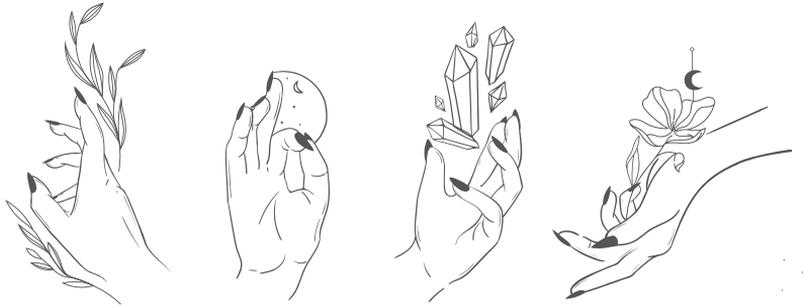
Los nombres pueden condensar significado, pero también crearlo. Uno nuevo puede, sin duda, transformar aquello a lo que se refiere. Entre «Margarita Cansino» y «Rita Hayworth», aunque se mantenga parte del nombre propio, hay una tremenda metamorfosis: no solo se produce una anglificación, con el correspondiente aumento de glamur y eufonía, sino que existe un cambio más profundo: de la raíz «cansar» pasamos a *worth*, «merecer».

En el mundo del *marketing* y la empresa, a la hora de lanzar o relanzar un producto, es imprescindible dedicarle una gran atención al nombre que este recibirá. Existen especialistas en *nam-ing* que ganan auténticas fortunas por encontrar una sola palabra.

La palabra más importante en la vida de una persona suele ser su propio nombre. Este nos evoca sensaciones complejas, generalmente positivas, y está inextricablemente ligado a la construcción de nuestra identidad. Cuando alguien se dirige a nosotros llamándonos por nuestro nombre, por alguno de los diferentes apodos que vamos teniendo a lo largo de la vida, sentimos reconocimiento, aprecio y ese simple sonido nos reconforta. Existen estudios que evalúan la diferencia de rendimiento en los estudiantes que son llamados por sus nombres y los que no, y no es una sorpresa para nadie que el primer grupo obtiene mejores resultados promedio. El nombre forma parte de la percepción que cada individuo tiene de sí, y es un elemento necesario para el bienestar tanto físico como psicológico.

Lo que se deriva de los nombres no es solo creación, en el sentido primitivo de que basta con nombrar una cosa para que exista. Tampoco es solo identidad, especificidad, ese factor identificativo y diferencial que hace única a cada persona. Conocer el nombre verdadero otorga un poder sobre aquello que este designa. Este es el mensaje del cuento clásico *Rumpelstiltskin*, una tradición que Tolkien recoge cuando, en *El Hobbit*, da una gran importancia al conocimiento del nombre de las espadas élficas, y cuando Bilbo comete el error de decirle su apellido a Gollum, permitiendo que este lo rastree con ese conocimiento.

Por tanto, la búsqueda de nombres rituales, tanto para quien practica la magia como para las presencias que se desee invocar, es un aspecto muy importante a tener en cuenta.



Investiga el significado de tu nombre, su etimología y sus versiones en diferentes idiomas. Encontrarás en estas variaciones distintas facetas de tu personalidad.

Nombres secretos y nombres privados

Una antigua leyenda egipcia habla de los numerosos nombres de Ra, el dios Sol. La mayor parte de esos nombres eran sabidos por todos, pero uno, el más importante, era secreto, y solo el propio dios lo conocía. Isis deseaba enterarse de ese nombre para adquirir poder sobre Ra, de modo que urdió una estratagema. Esperó a que el gran dios se quedara dormido y recogió un poco de su saliva, que mezcló con tierra. Con este barro fabricó una serpiente, y la situó, al acecho, en un lugar cercano.

Una vez que Ra despertó y emprendió la marcha, la serpiente le clavó sus colmillos. Al estar hecha de la misma materia divina

que él, esto le causó un tremendo dolor. Isis se acercó y le ofreció su ayuda a cambio de que le revelara ese nombre secreto. Ra trató de engañar a la diosa diciéndole todos sus nombres conocidos, pero ella no se dejó confundir. Finalmente, torturado por los dolores, el dios le reveló ese nombre secreto a Isis bajo la condición de que no se lo dijese a nadie. Solo entonces Isis curó a Ra con una pomada de hierbas, y consiguió ser tan poderosa como él.

En la tradición mágica egipcia, como en muchas otras, se creía que aquel que conociera su verdadero nombre de poder adquiriría una entidad superior a la humana, y que quien lograra saber el auténtico nombre de una deidad podría gobernarla y esclavizarla.

Para los antiguos semitas y sufíes este era un aspecto fundamental de la magia. Es posible que el ejemplo más conocido de búsqueda incansable del nombre verdadero de la divinidad sea el de la cábala, la escuela esotérica relacionada con la tradición hebrea que otorga una gran importancia a las 22 letras del alfabeto hebreo, que se corresponden con las 22 conexiones del Sefirot o Árbol de la vida. Especialmente, en la cábala simbólica, cada una de estas letras posee una entidad propia y se corresponde con valores numéricos, pero, además, tiene una poderosa conexión con elementos y fenómenos del cosmos. Las combinaciones entre letras revelan mensajes ocultos y pueden llegar a tener capacidad oracular o predictiva.

En la Biblia, además de los ya mencionados, existen varios ejemplos del poder que se otorgaba a los nombres en las creencias semitas, uno de los cuales es el episodio en el que Jacob se enfrenta a un ángel que se niega a revelar su verdadero nombre.

Dentro de las antiguas creencias taoístas existía el convencimiento de que los espíritus y demonios podían ser controlados si se conseguía expresar su auténtico nombre en un talismán. El pueblo inuit considera los nombres propios «contenedores de almas». Cuando una persona recibe un nombre, este creará un lazo entre ella y todos los que lo han llevado previamente.

En la Antigua Roma los nombres de las deidades protectoras de los lugares se guardaban en un estricto secreto para que los

enemigos no pudieran descubrirlos, algo parecido sucede en algunos pueblos caucásicos a día de hoy.

La mayor parte de las divinidades que conocemos han adquirido distintos nombres a lo largo de los siglos en su paso por diferentes mitologías y culturas, como es el caso de la Diosa Triple. Puedes encontrar algunos de esos nombres en la página 120.



Representación de la Diosa Triple con sus atributos de diferentes culturas: el resplandor y la llave (mitología griega), la luna (Mesopotamia), la serpiente (mitología semítica) y la daga (paganismo).

La necesidad de encontrar nueva formulación verbal de la identidad cuando se desea cambiar de vida es algo habitual. Un ejemplo conocido es el de la autora Harriet Tubman, quien decidió abandonar el nombre de esclava que había recibido al nacer tras convertirse en una mujer libre. El empoderamiento que se logra al escoger un nombre propio supone un enorme rito de paso en sí mismo.

Nunca te dejes llamar por un nombre que no te guste o que no sientas como propio.

Si no te encuentras a gusto con ningún nombre, dedica todas tus energías a encontrar uno que te defina y que te haga sentir bien. No cejes en el empeño hasta encontrarlo.

Puedes encontrar tantos nombres para ti como necesitas, por propósitos emocionales, rituales, profesionales o artísticos. Disfruta del poder de redefinirte tantas veces como lo sientas.

La manera en la que nombras a otras personas, o los apodosos que utilizas con ellas, condiciona enormemente tu percepción de esas personas, así como vuestra relación, algo que en psicología recibe el nombre de «efecto Pigmalión». No realices este proceso de manera inconsciente, sino meditada e intencionada.

Dos clasificaciones de los deseos

Los deseos son algo hermoso, un impulso vitalista y constructivo que incluso puede cobrar forma física. En Japón la gente hace grullas de origami, meticulosamente, centrando la voluntad en el proceso; después de plegar cien, se puede pedir un deseo. También se cuelgan los deseos de los árboles, formulados en bonitas tiras de papel. En Hong-Kong la gente hace algo parecido: atan a una cuerda el papel donde está escrito el deseo, al otro extremo ponen una naranja, y tiran la naranja al árbol. Si la cuerda se queda colgando del árbol en lugar de caer al suelo, se supone que el deseo se hará realidad.

Sí, los deseos pueden constituir una tremenda fuerza creadora, como nos recuerda Michael Ende en *La historia interminable*. Son las voluntades de las personas lo que da forma al mundo de la fantasía y de la imaginación, son las alas de la fuerza visualizadora y de la iniciativa necesaria para llevar a cabo cualquier proyecto.

Sin embargo, el mundo convencional nos inunda de falsos deseos. Fuerzas muy poderosas, grandes inversiones de dinero y

genios de la creatividad se unen para captar nuestra atención a toda costa y para convencernos de que necesitamos gastarnos el dinero en lo que ellos crean conveniente.

El conocimiento de las propias pulsiones, la identificación de aquellas cosas que utilizamos como sustitutas de otras es un objetivo importante de cualquier persona que trate de abrirse camino en la mejora personal y espiritual. Lo que realmente deseas es lo que te lleva a la mejor versión de ti, a lo que expresará tu esencia natural sin necesidad de entretenimientos sustitutorios. Aprende a conocer tus necesidades y a distinguir las de los impulsos que la sociedad de consumo trata de implantar en nuestras mentes.



Las tres liebres son un antiguo símbolo, presente en muchas culturas, que remite a la capacidad de desear y a la buena suerte. Las semillas de diente de león también representan el poder de los deseos asociados a la voluntad.

Podemos sentir el capricho de satisfacer apetitos momentáneos, como comer chocolate o acercarnos a la estufa cuando hace frío. Otros deseos son a medio plazo, como mejorar la vivienda, aumentar la belleza, tener una mascota. Podemos desear alcanzar un objetivo artístico, como dedicarnos al cómic, rodar una película, ser novelistas; y podemos desear todo lo contrario: tener la vida resuelta sin necesidad de esforzarnos. Está el deseo de saber o conocer cosas, de recorrer el mundo; de adquirir talentos o habilidades; de acumular cosas por el mero hecho de hacerlo. Influir en una comunidad, mejorar el entorno cercano, cambiar el mundo, dejar una huella.

Algunos deseos permanecen casi apagados toda la vida, como si se escondieran, pero estallan de manera inesperada en determinados momentos con una fuerza arrasadora. Para evitar estos ataques violentos, es conveniente preguntarse por los propios deseos al menos una vez al mes. Y no mentirse respecto a ellos.

Esta distinción entre los deseos efímeros y los que representan una necesidad del alma es aquello a lo que se refería el gran mago Aleister Crowley con su frase: «Haz lo que quieras», encuentra tu verdadera voluntad, cueste lo que cueste.

Clasificación de los deseos según su intensidad:

	Nombre	Duración	Características
Nivel 1	Chispa	Unos minutos	Se trata de caprichos, fugaces e irreflexivos. Como vienen se van.
Nivel 2	Bengala	Un día o dos	Si se cumplen dan alegría, y si no se cumplen no pasa nada.
Nivel 3	Fogata	Varios días	Cumplen una función en momentos determinados. Calientan el corazón para conseguir objetivos a corto plazo.

Nivel 4	Proyector de cine	Una semana	También llamado «por fin es viernes». Deseos muy útiles para hacer más agradable la vida diaria.
Nivel 5	Antorcha o linterna	Varias semanas	Ayuda a iluminar el camino de una manera más sostenida.
Nivel 6	Farol	Un mes	Deseos relacionados con los viajes.
Nivel 7	Chimenea	Una estación	Deseos relacionados con la comodidad del hogar.
Nivel 8	Estrella	Un año o más	Deseos pequeños pero muy duraderos, que ayudan a orientarse en la oscuridad.
Nivel 9	Luna	Un año o más	Este tipo de deseos no emiten luz propia, porque, en realidad, son los deseos de otra persona. Son muy frecuentes en individuos que no tienen sensación de libertad en su vida cotidiana.
Nivel 10	Sol	Gran parte de la vida	Deseos profundos, como escoger una determinada profesión o tener hijos. Nadie puede decidirlos en lugar de la persona en cuestión.

Clasificación de los deseos según la probabilidad de que se cumplan:

Grado 0	Se trata de cosas que, las desees o no, acabarán pasando.	Que llegue el viernes, que se acabe el curso, cumplir los dieciocho años, curarse una gripe.	Altísima probabilidad de cumplimiento.
Grado 1	Deseos que pueden conseguirse dedicando unas cuantas horas o días.	Hacerse una prenda de ropa, poder tocar una canción, aprender de memoria un poema.	Alta probabilidad de cumplimiento.
Grado 2	Deseos que pueden cumplirse si uno se organiza bien el horario y consigue convencer a los demás de sus propósitos. Pero no se pueden tener todos: hay que elegir a qué se dedican los esfuerzos.	Tener una serpiente gigante como mascota, sacar buenas notas, tener un grupo de música, escribir un libro, montar una exposición de pintura. Ganar dinero suficiente como para comprarse algo caro.	Probabilidad de cumplimiento intermedia.
Grado 3	Deseos para los que hay que trabajar bastante, a lo largo de varios años, sacrificando otros aspectos de la vida. Es necesario que el entusiasmo personal sea contagioso para otras personas.	Llegar a ser artista profesional. Ganar dinero suficiente como para poder viajar regularmente por el mundo. Crear una empresa. Montar un zoo.	Probabilidad de cumplimiento intermedia-baja.

Grado 4	Deseos que dependen de otras personas.	Tener un hermano, que alguien quiera ser tu pareja.	Probabilidad de cumplimiento baja.
Grado 5	Deseos que afectan a una gran cantidad de gente o que requieren habilidades muy complejas, y, por tanto, mucho esfuerzo, tiempo y suerte. Hay que dedicarles todas las energías.	Fundar una ONG internacional, hacerse astronauta, ganar un Óscar de Hollywood.	Probabilidad de cumplimiento muy baja.
Grado 6	Deseos tan improbables como ganar la lotería. Es imposible conseguirlos solo mediante el esfuerzo personal, y la suerte es un factor muy importante en ellos.	Hacerte novio/a de tu cantante preferida/o, tener una piscina llena de monedas de oro, comprarte una isla, ser una supermodelo internacional.	Extremadamente improbables.
Grado 7	Deseos imposibles, que desafían las leyes de la lógica, de la física o de la experiencia humana.	Conocer a un extraterrestre, hablar con un fantasma, hacerse invisible, tener visión de rayos X, casarse con una sirena.	Lo más probable es que nunca se cumplan.

Los objetivos de la magia

La práctica de rituales, en el mundo actual, puede estar enfocada a cualquier objetivo. En general resulta mucho más eficiente centrarse en metas personales en lugar de esforzarse en hacer que otras personas cambien. La magia blanca, en contacto con la naturaleza, suele buscar resultados de mejora que no causen ningún perjuicio a otros, sino todo lo contrario. Ya que se entiende que las sociedades funcionan como un organismo viviente, la salud de cada uno de los elementos de un grupo contribuye a mejorar el estado global de este.

Quien practica la magia desea que se produzcan cambios en el mundo que tiene alrededor. Ha detectado situaciones que se pueden mejorar y ha decidido enfocar su voluntad para provocar ese cambio, utilizando las energías de su propia mente y de su espíritu.



Diferentes aspectos y símbolos de las prácticas mágicas, que ilustran la relación entre la naturaleza y sus símbolos.

Estos son algunos de los objetivos más frecuentes de las prácticas rituales:

	Objetivos
Mundo material	<ul style="list-style-type: none"> ▶ Garantizar el éxito de una tarea o empresa. ▶ Evitar o reducir el dolor físico. ▶ Prosperidad en la vida cotidiana. ▶ Estabilidad laboral. ▶ Conseguir habilidades o cualidades físicas.
Mundo emocional e intelectual	<ul style="list-style-type: none"> ▶ Adquirir conocimiento y autoconocimiento. ▶ Encontrar una nueva vocación profesional. ▶ Adquirir poder personal. ▶ Mejorar la memoria y otras capacidades.
Relaciones con otros	<ul style="list-style-type: none"> ▶ Mejorar la pertenencia a un grupo. ▶ Librarse de vínculos que son un lastre. ▶ Favorecer una relación amorosa.
Mundo espiritual	<ul style="list-style-type: none"> ▶ Obtener calma y paz. ▶ Protección contra influencias negativas. ▶ Conseguir una transformación espiritual. ▶ Ayudar a una persona fallecida a llegar a su destino.

Escribir los propios hechizos

A lo largo de este libro irás encontrando numerosos ejemplos para poner en marcha hechizos en los que participan las palabras. En algunos casos, pueden utilizarse fórmulas ya consagradas, estructuras que han demostrado su eficacia a lo largo de los años y a través de los territorios.

Pero algo muy importante para cualquiera que tenga intenciones mágicas es la escucha de la propia intuición y creatividad. Sí, la tarta de manzana exactamente igual que la hacían los abuelos está muy rica, pero quizá tú necesites darle tu propio toque, utilizar una variedad más ácida y añadirle ralladura de limón. Será más personal, se adaptará mejor a tus necesidades, conectará mejor con tu individualidad y, seguramente, será más eficiente.



La escritura de hechizos no siempre sale bien a la primera.

Lo primero que debes hacer para escribir un encantamiento propio es encontrar un lugar de calma y confianza, asegurarte de que nadie te va a molestar durante el tiempo que necesites. No dejes que nada interrumpa o contamine tus pensamientos. Si no consigues un lugar completamente silencioso, ponte tapones en los oídos. Quema incienso o hierbas si eso te ayuda a concentrarte. Rodéate de elementos que te proporcionen una sensación de poder. Haz todo lo necesario para estar en tu centro.

Para llevar a cabo prácticas rituales hay que evitar las tentaciones de evasión, las que te saquen de ti. Necesitarás exactamente lo contrario: estar en contacto con tu verdadero interior, sin autoengaños, sin miedos, sin complejos, sin limitaciones impuestas por ti ni por nadie. Has de convencerte de que eres una persona poderosa.

A continuación, formula claramente los objetivos del hechizo que escribirás. Pueden ser algunos de los que se han mencionado

en el capítulo anterior o diferentes. Cuanto más concreta sea la intención mágica, más sencillo te resultará canalizarla. Recuerda que es más probable que funcionen las peticiones que tienen que ver contigo, y que las que afectan a otras personas pueden cobrar un precio emocional y a veces físico.

Ahora plantéate, ¿cuál será la energía con la que nutrirás esas palabras? Un encantamiento movido por el deseo, la esperanza o el afecto no puede formularse de la misma manera que uno que nazca de la ira o de la necesidad de justicia. Piensa en palabras que sean acordes con la esencia de tu espíritu respecto a tus propósitos. La intención es la fuente de poder de la mayor parte de las formas de magia. Cada emoción humana dará lugar a su propia forma de magia.

Una vez que tengas esas metas claras, deja volar tu imaginación. ¿Cómo será el soporte físico de tus palabras mágicas? ¿Harás un hechizo de los que solo se emplean una vez, o uno de los que se repiten día tras día hasta que se cumplen? ¿Quieres relacionarlo con el fuego, el agua, la tierra o el aire? Piensa en los colores y las materias que crees que irán a favor de tu intención o deseo. Todo el tiempo que pases reflexionando sobre tu hechizo te ayudará a perfilar la forma de tus palabras.

Ha llegado el momento de pensar en las palabras exactas que van a dar forma a tu petición o exigencia. Debes confiar en tu intuición. Hay hechizos que requieren ser breves, y otros que piden una longitud mayor. Hay encantamientos de sonido suave, amable y fluido, y otros que resuenan como truenos y centellas. Busca las palabras con los ojos cerrados, pronúncialas para saborearlas y valorar su impacto. Date el permiso y la autoridad de reconocer los términos adecuados y precisos para hacer lo que quieres hacer.

Sabrás que has encontrado lo que buscabas porque lo sentirás en todo el cuerpo. Las palabras encontradas te harán sentir cosas diferentes a nivel físico (hormigueo, sensación de plenitud, aceleración del pulso). Ese es el lenguaje del cuerpo para señalar algo importante entre todas las cosas que no lo son tanto.